

Cultura a la contra

Dandies y antidandies

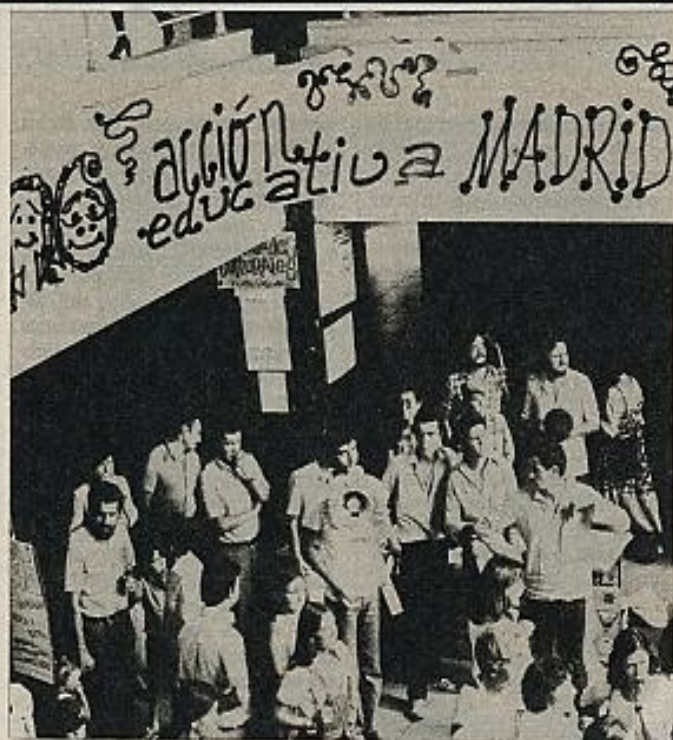
Resulta casi imposible ser un dandy en un mundo donde impera el Corte Inglés. La gente va toda de uniforme; a veces son uniformes abigarrados, como de fantasía —los colores del parchís, colores de esta primavera—, pero en cualquier caso todo conduce a la misma monotonía, al mismo hastío impuesto desde fuera, al deterioro cada vez mayor del paisaje urbano, lleno de manchones de colores idénticos, repetidos hasta el asco. Se nos despersonaliza. Se nos quita el carácter. Sospecho que, en algún oscuro rincón de la DGS, existe una activa brigada antidandies, compuesta por diseñadores de moda, publicistas expertos en marketing y algún director de cine o productor de grupos musicales vendido al enemigo: entre todos preparan y arreglan los uniformes que se han de llevar esta temporada, o la siguiente. El exhibir, aunque sólo sea en el vestido, el más mínimo detalle de carácter verdadero puede llevar a las peores consecuencias: desde el ostracismo social —nadie sienta un clochard a su mesa— hasta la cárcel, que rebosa de travestís, en el fondo personas cuya orientación vestimentaria no responde a la normativa oficial.

Convendría definir lo que es un dandy, pero renuncio a ello: otros, ante los que me siento enano, lo han intentado antes que yo: desde Baudelaire a Luis Antonio de Villena, pasando por Balzac y Barbey D'Aureville. Y, lo que es más, todos ellos intentaron e intentan llevar a la práctica su dandysmo, con mayor o menor fortuna. Es normal: el artista, como bien sabía Wilde, no limita su creación a su obra, sino que la lleva —al menos, lo intenta— a la vida. En todo caso —y sin que esto sea una definición dogmática— yo diría que dandy es quien consigue hacer de su apariencia externa un reflejo de lo que considera su verdadero carácter: su atuendo, sus adornos y sus gestos están todos encaminados a hacer del hombre un signo, una representación voluntaria y continua de sí mismo.

Por supuesto, todos intentamos, de algún modo, parecernos a nosotros mismos, hacer coincidir el interior con el exterior; pero sólo el dandy lo consigue, como artista que es. Por eso no hay muchos dandies entre los que cultivan otras artes; para el poeta, el músico o el pintor, el dandysmo es, todo lo más, como el violín para Einstein o la coca para Sherlock Holmes, un placer marginal, excitante y creativo, que les distrae de cosas más serias. Claro que se dan algunos casos de poetas que pintan bien, pero son pocos. Tampoco las mujeres son dandies: están demasiado condicionadas por la moda —hecha por hombres— como para incurrir en el dandysmo, que es la antimoda. El dandy es reactivo —ojo: no confundir con reaccionario— y va siempre un poco a la contra, aunque sin pasarse. La moda es algo que puede crear, pero que no sigue.

Ahora, los dandies no exhiben ricos ropajes. Desde los viejos beatniks de barba enmarañada, la elegancia y la belleza ya no están supeditadas a la noción de bienestar económico: el dandy actual —que no tiene por qué ser "elegante" en el sentido clásico del término— elige simplemente la ropa que le retrata, sin cuidar de los valores impuestos socialmente, ni siquiera los de su propio grupo, ni siquiera de los contravalores de ciertos grupos marginados. Porque el dandy está solo; mientras que el pasota desaharrapado, el pulcro empleado de Banco o el travoltito de discoteca forman parte de una multitud: multitud que puede ser de tergal, de vinilo o de tela vaquera o marinera. Pero todos ellos están corteinglesificados.

Dandy fue —no sé lo que hace ahora— Andy Warhol; en realidad, todas sus demás actividades —la pintura, el cine, la fotografía: todo imagen— están supeditadas al dandysmo. Y también era un dandy Allen Ginsberg, con su barba enmarañada, disfrazado de beat-hippie-judío-de-Patterson de manera inimitable. Y dandy es el clochard abrazado a su botella de vino. Podrán ir "mal vestidos", pero son dandies. ■ EDUARDO HARO IBARS.



Acción Educativa, una nueva forma de enseñanza.

ferentes medios —desordenadamente, por tanto— y sólo el 20 por 100 le llega por medio de la escuela (hay que considerar además que de este mínimo porcentaje únicamente una tercera parte le sirve para su vida cotidiana), se pone en evidencia que nuestros hombres del mañana apenas contarán con válidos elementos de juicio para su racional desarrollo. Abrir el campo de lo sensitivo por medio de la danza, expresión plástica, imagen, lectura poética, títeres, teatro, expresión corporal, etc., es el mejor modo de emprender un camino hacia una mayor y más completa civilización. Jugar, componer, ir de una forma plástica a su equivalencia musical y de ésta a la representación teatral; demostrar que las artes y sus niveles perceptivos forman un todo que puede alcanzarse sin introducir elementos externos, sino recorriendo la propia biografía del niño a partir de canciones populares, refranes, recuerdos comunes.

Sería necesario un mayor espacio para profundizar sobre el complejo método de trabajo. Baste decir que Acción Educativa intenta barrer una enseñanza penosa y potenciar la futura escuela pública. De esa acción continuada, a fondo, puede nacer el nuevo entendimiento teatral que haga posible tanto en Cuenca como en el resto de nuestras ciudades la revalorización total de nuestra cultura. ■ M. A. M.

"Ceremonias" (En busca de lo manido)

Un nuevo cambio en la dinámica programación de El Gayo Vallecano, y con él los renovados riesgos que comportan los escasos medios, la siempre dudosa asistencia, etc. En este caso, ha sido el Grupo Estudio de Teatro el encargado de promover un cualitativo avance en la solitaria lucha de la sala. Los resultados poco o nada tienen que ver con los muy positivos alcanzados por el anterior espectáculo de Tábaro. No se renuncia tampoco, en esencia, a la captación de un espectador supuestamente primario, pero los métodos en este caso son claramente inapropiados.

"Ceremonias" es un conjunto de escenas individualizadas y obligadas a un forzado ensamble por medio del simple cambio de elementos escénicos. Recuerda su estructura los primeros tanteos que el Teatro Independiente realizó allá por los años 60. Pero lo que entonces apareció como prólogo de todo un movimiento, hoy no puede soportar el paso del tiempo, convirtiéndose en un convencionalismo sin horizontes.

Comienza el Grupo por sustanciales maniqueísmos: la creación colectiva centralizada en el terreno de la voz —que no de la palabra— y de la expresión corpo-